

HOSTILIDAD EN LA GUERRA NUCLEAR

Javier Roiz

Saint Louis University

En la Era Nuclear, la construcción de *hostis* en un conflicto atómico general, la guerra a fondo o *all-out war* de la que los «guerreros fríos» no dejan de hablar, es más que problemática. Ya en los años cincuenta, había en Estados Unidos agudos observadores de la Unión Soviética que se resistían a la construcción de una imagen de los rusos como encarnaciones de la maldad absoluta. Para estos expertos, tal cosa no era sensata:

«[Es inconcebible] que nuestro adversario soviético haya perdido toda apariencia de humanidad y que nada más le interese sembrar destrucción resentida e ilimitada por el solo afán de destruir»¹.

La posibilidad de afrontar una guerra nuclear con las herramientas de la estrategia tradicional ha estado desde el principio de la Era Nuclear completamente cerrada. Durante más de diez años, y a lo largo de toda la década de los cincuenta, el análisis de la guerra atómica se hizo impensable. Y en aquellos casos en los que alguien intentaba pensar en ello, el análisis de la guerra se reducía a un estudio sobre cómo minimizar una catástrofe garantizada. En este tipo de literatura, *hostis* era mantenido como un personaje central en el drama, si bien la novedad residía en que el vencedor no aparecía por ningún lado. En la descripción que Herman Kahn hace en 1961 de una guerra termonuclear, aparecen ocho etapas bélicas, de las cuales sólo una trata de la realización de la guerra en sí, mientras que, de las otras siete, una versa sobre la disuasión y seis sobre los problemas de la reconstrucción en la posguerra².

¹ Richard FALK, «Political Anatomy of Nuclearism», en Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons* (New York: Basic Books, 1982), p. 222.

² Herman KAHN, *On Thermonuclear War* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1961), p. 22.

A partir de aquí, y con el avance vertiginoso de la ciencia, un cambio fundamental se hará notar hasta en aquellos que están a favor de plantearse cómo sería una supuesta guerra nuclear. Incluso estos especialistas admiten que *el concepto de victoria y derrota tiene que ser entendido de una manera radicalmente diferente*, y que, en este tipo de guerra, es imposible hablar de supervivientes victoriosos. De hecho, toda su meditación intentará enfrentarse únicamente con el desastre, y, en ella, los supervivientes son contemplados como cualquier cosa menos como vencedores. Resulta interesante ver cómo este tipo de análisis se plantea explorar las sutilezas contenidas en la experiencia trágica de la guerra atómica, para conocer, según se nos dice, «los trágicos pero distinguibles estados de posguerra»³. Al final del experimento, esta línea reflexiva acaba sugiriendo depresivamente una duda devastadora: «¿Envidiarán los supervivientes a los muertos?»⁴.

Es más que importante señalar la trascendencia teórica de este giro que, a partir de los años sesenta, se produce en el tono del discurso reflexivo sobre este nuevo modo de guerrear. Desde entonces, en lugar de maniobras tácticas para conquistar y de consideraciones sobre logística y estratégica aparejadas para apoyar la excelencia de la actuación del guerrero, se van a leer tan sólo tratados sobre cómo aliviar las consecuencias de la guerra. Curiosamente, el tono de estos textos sobre la guerra nuclear se acerca más al de un manual sanitario que al de un libro del guerrero, lo que en realidad expresa que el combatiente nuclear es tanto una figura débil como un siniestro portador de muerte. La novedad aquí descansa en el hecho de que, en una guerra nuclear, *el guerrero se encuentra a sí mismo también victimizado*; él sabe de antemano que no es capaz de proteger a su país. La *guerra novísima* está basada, así, en el sentimiento común de vulnerabilidad que comparten todos los contendientes. Y ésta es la razón por la que, incluso en los casos en los que la guerra termonuclear no es aceptada como totalmente letal para la raza humana, el punto de mira esté únicamente en la restauración de la destrucción.

A pesar de todo, en los años sesenta el análisis de las realidades «impensables» aún se consideraba una tarea necesaria, una demanda de realismo humano. Quienes respaldaban esta literatura se veían a sí mismos como los orgullosos pragmatistas que encaraban la realidad con coraje patriótico. Su argumento era que nadie quería afrontar intelectualmente una guerra termonuclear porque los horrores asociados a semejante reflexión asustaban a los estrategas y les incapacitaban para pensar. A su juicio, la verdad subyacente era que el temor estaba impidiendo a los expertos militares y a los científicos sociales aceptar el nuclearismo y afrontar sus inminentes amenazas. En un sentido, estos expertos estaban acusando a la comunidad científica de dejarse llevar por un cierto infantilismo, como si el «¡ojos que no ven...!» viniese a ser la muletilla de entonces entre los círculos responsables de la ciencia y el

³ *Ibid.*, p. 20.

⁴ *Ibidem*.

gobierno. Los *pensadores de lo impensable* del tipo de Edward Teller y Herman Kahn tendían a presentarse a sí mismos como realistas avispados que intentaban hacer el trabajo sucio de conectar a la humanidad con la probabilidad de una confrontación nuclear.

Obviamente, no se podría objetar nada a una actitud realista que pretendiese superar las inhibiciones del miedo sobre el pensamiento. Pero el problema con todos estos teóricos es que, desgraciadamente, hablan como los popes seculares de una tecnología que, por otra parte, se les escapa de todo control. Cuando Kahn escribe su libro *Pensar sobre lo Impensable*, está viviendo el decimosexto año de la era nuclear y todas sus estimaciones se hallan condenadas a quedarse atrasadas al día siguiente. El mismo cientificismo en el que confía cuando aboga por un correcto acercamiento al problema, le va a traicionar una y otra vez. No hace falta decir que sus cálculos son ridículos. Kahn pide constantemente a los científicos que no sean demasiado imaginativos y les exhorta a que no escapen de la pura realidad, pero ingenuamente ignora el hecho de que es a él a quien la realidad se le está escapando todo el tiempo y continuamente superando sus evaluaciones. Kahn rechaza rotundamente la Declaración de Mainau y postula aceptar las estimaciones de «los lógicos y los llamados hombres prácticos»⁵; sin embargo, todos sus argumentos se tendrán que basar en un «aún no» —válido solamente para el momento en que lo escribe— que está destinado a ser sobrepasado por una tecnología en avance desenfrenado. Una tecnología que, conviene recordarlo, en 1960 estaba tan sólo entrando en su adolescencia.

Los efectos de la amenaza nuclear en la población de una sociedad moderna son lo suficientemente homogéneos como para que cada individuo se considere a sí mismo como blanco de guerra. Mientras se sepa que una guerra entre las dos superpotencias significa necesariamente una explosión en cadena de ataques y contraataques, cualquiera podrá sentirse víctima segura de semejante eventualidad. No obstante, esta misma percepción toma otro rumbo cuando se busca a un agente responsable a quien inculpar de la existencia de tan generalizada miseria. Dado que la modernidad ha estandarizado la interpretación maquiavélica de la conducta internacional, en la que los estados son los egos auto-dirigentes de las naciones, el ciudadano moderno tiende a figurarse al estado como el objeto de todas las bendiciones y maldiciones políticas, el sujeto *par excellence* de la trama.

El individuo moderno tiende a creer que toda gran transformación de las condiciones de vida en la arena internacional tiene que llegar por vía del buen servicio del propio ego nacional, o sea, el estado. Si hay algo que sea aceptado por consenso en toda la psicología moderna, desde la psicología pop a la psicología radical, es la idea del ego como *kuβepvntns* del *self* individual:

⁵ *Ibid.*, p. 146.

«El ego es el asiento de la racionalidad que usamos al gestionar nuestro camino por el mundo»⁶.

Y la verdad es que, de una manera muy similar, los modernos siempre han asumido que el estado es el ego de la nación.

Los psicólogos radicales sugieren que la organización del ego «está modelada según la racionalidad del mundo exterior»⁷, lo que significa que la separación *ego/self* en el individuo es un reflejo de la de estado/sociedad en el mundo exterior. Para este modo de expresarse, decir que el ego «es la parte nuestra que reprime»⁸ implica asimismo que el estado es la agencia de represión con respecto a la creatividad de la sociedad. Para esta psicología, ego y estatalidad son resultados políticos de una sociedad autodirigida y suicida que ha producido la tecnología de la bomba atómica como «la venganza contra un amo tipo Frankenstein de una naturaleza dominada»⁹.

Aun cuando todo ello pueda ser sorprendente para más de uno, hay que aclarar que esta visión radical de la vida, tan anegada en sí misma de racionalidad, es la propia del utilitarismo clásico, para el cual «la justicia social es el principio de la prudencia racional aplicado a una concepción agregada del bienestar del grupo»¹⁰; si bien en este caso, y como si de una imagen lenticular se tratara, el objeto se refleja exactamente igual, pero invertido. Este es también el entendimiento básico de los conocidos como teóricos de los juegos de estrategia, autores de la *teoría de los juegos*, y que deben ser considerados miembros sobresalientes de la *intelligentsia* americana de la posguerra.

En una obra reciente, uno de los más reputados representantes de la teoría de los juegos nos sorprende al descubrir las inadecuaciones del concepto de *self*, o sí mismo, al menos en la forma en que ha sido tomado por todas las teorías modernas de libre mercado, tanto políticas como económicas. Thomas Schelling, en un autocatalogado esfuerzo revolucionario, advierte las fallas de dicho concepto y arroja serias dudas sobre él al introducir la idea de multiplicidad en el interior del *self*¹¹. Schelling parece hallar la solución a los inconvenientes que esta innovación plantea, recurriendo a lo que él denomina *egonomics* o «el arte de la propia conducta»¹². A mi entender, cuando Schelling cree estar revolucionando los fundamentos de la economía moderna, está más bien expandiendo el imperio del *homo oeconomicus* más allá de las líneas de demarcación del *self* y afirmando la regla universal de la racio-

⁶ Joel KOVEL, *Against the State of Nuclear Terror* (London: Pan Books, 1983), p. 48.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibid.*, p. 10.

¹⁰ John RAWLS, *A Theory of Justice* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1971), p. 24.

¹¹ Thomas SCHELLING, *Choice and Consequence* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1984), capítulos 3 y 4.

¹² *Ibid.*, p. 63.

nalidad de una forma que podríamos llamar *muy moderna*, y que en realidad denota una lealtad arcaica a la esencia del racionalismo¹³.

Aquí, con la idea de multiplicidad del *self*, la complejidad tecnocrática trata de pasar por avance teórico genuino, pero, de hecho, lo que hace es sólo adornar inútilmente y exhibir con audacia las potencialidades implícitas en el viejo pensamiento utilitario. Un pensamiento, éste, para el cual el asunto político debe ser manejado con la misma sana disposición de un hombre de negocios con los pies bien asentados en la tierra:

«La naturaleza de la decisión tomada por el legislador ideal no es, por tanto, materialmente diferente de la de un empresario al decidir cómo maximizar su beneficio sobre este o aquel artículo, o de la de un consumidor al decidir cómo maximizar su satisfacción por la compra de esta o aquella colección de bienes»¹⁴.

LA AMENAZA NUCLEAR COMO PESADILLA

La amenaza nuclear es persistentemente calificada de pesadilla. Para el experto en la materia la «guerra nuclear es una pesadilla recurrente»¹⁵, para el artista es una «tragedia»¹⁶, para el político es «un estado donde la aniquilación mutua se convierte en una posibilidad»¹⁷.

La nueva situación internacional introducida por la bomba y las alteraciones subsiguientes en el equilibrio del orden del mundo son percibidas como cargadas de agresión, de riesgo insuperable y de amenazas de muerte¹⁸. Al mismo tiempo hay una preocupación creciente por cómo todas estas transformaciones en el ambiente megapolítico van a influir en nuestra vida diaria.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ John RAWLS, *A Theory of Justice*, p. 27. RAWLS expone aquí la actitud básica del utilitarismo clásico hacia la justicia.

¹⁵ «La guerra nuclear es una pesadilla recurrente que esperamos que nunca se materialice.» Robert W. TUCKER, «Morality and Deterrence», *Ethics*, 95 (abril 1985), p. 467; ver también Henry KISSINGER, «Arms control, inspection and surprise attack», *Foreign Affairs*, XXXVIII, 3 (abril 1960), p. 557.

¹⁶ «Nuestra tragedia actual es un miedo general y universal soportado por tanto tiempo que hasta podemos sobrellevarlo. Ya no hay problemas del espíritu. Sólo queda la pregunta: ¿cuándo seré aniquilado? Por ello, el hombre o la mujer joven que escribe en nuestros días ha olvidado los problemas del corazón humano en conflicto consigo mismo.» Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, citado en Norman Moss, *Men Who played God*, p. 335.

¹⁷ «Con ambos lados de este mundo dividido en posesión de armas increíblemente destructivas, la humanidad se acerca a un estado en el que la aniquilación mutua se convierte en una posibilidad. Ningún otro hecho del mundo actual iguala a éste en importancia. Da el tono de todo lo que decimos, planeamos o hacemos.» Cita del presidente EISENHOWER recogida por Norman MOSS, *Men Who played God*, p. 217.

¹⁸ «Estamos empezando a darnos cuenta de que las armas nucleares alteran nuestra existencia radicalmente.» Robert Jay LIFTON, «Imagining the Real», en Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons* (New York: Basic Books, 1982).

Pero ¿qué significa percibir la amenaza nuclear como una pesadilla? ¿Se supone que es un mecanismo de adaptación para afrontar un nuevo desequilibrio internacional o una maligna plaga política? ¿Se trata simplemente de un síntoma bueno, aunque incómodo, para una humanidad que empieza a ajustarse a este nuevo desarrollo de la historia contemporánea? Examinemos este punto.

La explicación moderna que de la pesadilla nos hace la psiquiatría del siglo XX, tiende a caracterizarla como una función de la mente que responde a las necesidades del animal soñador que es el hombre. Los rasgos fundamentales comunes a las pesadillas que se pueden tener a cualquier edad son «sentimientos de desamparo, una ansiedad sobrecohedora de vida o muerte y, finalmente, la amenaza o presencia real en el sueño de violencia y destructividad»¹⁹. La pesadilla se define como un sueño de ansiedad²⁰ y, en el tiempo de dormir, corresponde al período REM, durante el cual los seres humanos tendemos a concentrar nuestra actividad soñadora. Se da el caso de que la porción de REM de un individuo, en relación con el tiempo total de sueño, varía a través de las diferentes edades del hombre; y está igualmente reconocido en esta literatura que el sueño REM del niño es más largo que el del adulto²¹.

Pero la cuestión resulta ser también que, según investigaciones fiables, las pesadillas más severas tienden a ocurrir durante el sueño no REM²², lo que introduce preguntas adicionales sobre la naturaleza de las pesadillas. Más aún, se dice que las pesadillas ocurren en el momento de transición entre el sueño y la vigilia²³. En cualquier caso, las pesadillas son descifradas como *mecanismos de protección*. Dichos mecanismos ayudan al ser humano a evitar la psicosis o a superar circunstancias terribles, a las que se ven arrojados a resultas de un trauma o de situaciones provocadoras de angustia, como la separación de una persona amada, el envejecimiento o la existencia de amenazas externas. Parece que, teniendo esto en cuenta, una pesadilla ha de ser necesaria, protectora de la vida e, incluso, saludable²⁴.

No voy a argumentar en contra de esta presentación de la pesadilla en la ciencia contemporánea. Ciertamente, se podría criticar todo este intento racional de digerir, en términos de ciencia moderna, lo que resulta ser el último recinto de conducta humana transracional. Pero eso no es necesario para el propósito de nuestra reflexión. Sólo me concentraré en la conceptualización que la modernidad intenta hacer de la amenaza nuclear como pesadilla.

Cuando los politólogos contemporáneos insistentemente denominan pesadilla a la amenaza nuclear, no hay ninguna razón para pensar que ellos renieguen del análisis de las pesadillas hecho por sus colegas de

¹⁹ John E. MACK, *Nightmares and Human Conflict* (Boston: Little, Brown, 1970), p. 206.

²⁰ *Ibid.*, p. 209.

²¹ *Ibid.*, chapter 6.

²² *Ibid.*, p. 188.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibid.*, p. 200.

los departamentos de psiquiatría de la academia moderna. De hecho, se aproximan a la guerra nuclear de la misma manera que los psiquiatras tratan el sufrimiento mental. En este sentido, el propio Herman Kahn nos aclara sin pudor que «la RAND Corporation intentaba servir como proyecto líder para el estudio de las posibilidades de aliviar las consecuencias de una guerra termonuclear»²⁵.

Tras un minucioso estudio académico de este punto, John E. Mack ha hallado que «las pesadillas son especialmente comunes entre los niños, y ocurre con frecuencia que despierten por causa de ellas. Esto es congruente con el mayor desvalimiento del niño pequeño, la inmadurez de su ego y su relativa incapacidad para tratar con fuentes externas de amenaza o peligro»²⁶. Como vemos, Mack asocia las pesadillas a circunstancias de *abuso, desamparo, inmadurez psíquica y amenazas* provenientes del ambiente natural y social. ¿Encontramos las mismas asociaciones en el pensamiento nuclear?

La respuesta apropiada a esta pregunta es sí. La posibilidad de una guerra termonuclear siempre introduce la idea de terror, un miedo extremo que desborda al sujeto cuando éste es incapaz de recurrir a la acción motora y, por tanto, no puede cancelar la fuente de ansiedad que lo provoca. Como Mack resume, «en los sueños estamos paralizados e ... impulsos cuya expresión motora está bloqueada pueden fluir hacia el extremo perceptual del sistema»²⁷. Cuando el ciudadano moderno toma en consideración la amenaza nuclear, no puede recurrir a la manera moderna de resolver un problema social, esto es, a la aplicación del sacerdocio de los expertos y a la ejecución de sus recomendaciones. El problema con la amenaza nuclear es que resulta ser hija de la brillante actuación de la ciencia moderna. Por un lado, la amenaza nuclear es el resultado del avance exitoso de la física moderna, debido a la tenacidad de los investigadores del siglo xx, y nadie parece creer que la esencia de la ciencia moderna deba ser transformada; por otro, la investigación moderna se basa en tests de validación del tipo *trial-and error* (prueba y error), mientras que «el contexto nuclear es radicalmente diferente ... ni errores ni accidentes son tolerables porque un fallo tal —no importa la causa— erradica el sistema y a todos aquellos individuos aparentemente servidos por él»²⁸.

La idea de parálisis es también claramente reconocible en los sentimientos de la población sobre la cuestión nuclear. Esto es lo que Robert Jay Lifton y Richard Flak llaman «una pasividad extraordinaria» que nos lleva a «esperar el apocalipsis»²⁹. Al ser parcialmente la excelencia de la ciencia moderna lo que nos ha llevado a esta situación, no hay manera de escapar de la guerra nuclear por medio de la ciencia, «cada país vive con la pesadilla de que aun volcando los mayores esfuerzos, su supervi-

²⁵ Herman KAHN, *On Thermonuclear War*, p. 21.

²⁶ John E. MACK, *Nightmares and Human Conflict*, p. 189.

²⁷ John E. MACK, *Nightmares and Human Conflict*, p. 194.

²⁸ Richard WASSERSTROM, «War, Nuclear War, and Nuclear Deterrence: Some Conceptual and Moral Issues», *Ethics* 95 (abril 1985), p. 443.

²⁹ Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons*, p. 226.

vencia puede ser puesta en peligro por un avance tecnológico por parte de su oponente»³⁰.

La única salida a la amenaza nuclear que la ciencia avanzada proporciona es la *disuasión*, que es precisamente una solución basada en el terror, un rudo ingrediente terapéutico para este mal social. Y así es como el terror se ha convertido en el siglo XX en una fuente evidente de racionalidad que, como nunca antes había sucedido, se atreve a reclamar para sí *validez universal y soberanía global*:

«Un balance termonuclear del terror es equivalente a la firma de un tratado de no agresión que afirme que ni los soviéticos ni los americanos iniciarán un ataque a fondo, no importa lo provocativo que se pueda volver el otro lado»³¹.

El ciudadano moderno está forzado irremediablemente a reconocer el lado oscuro de la sabiduría moderna. Está obligado a aceptar que la sabiduría es poder y que, por tanto, el conocimiento arrastra inherentemente una cara siniestra; en una palabra, que la sabiduría es coerción malvada. Esta aceptación de la compulsión como algo inevitable pasa por ser realismo total, *Realpolitik*, y la perversión moderna consiste precisamente en imponer esta identificación como consenso: «el conocimiento no es sólo comprensión... es también poder, el dominio de la naturaleza... El conocimiento también envuelve inevitablemente el poder de destruir. La dualidad de usos pacíficos y bélicos del conocimiento es intrínseca»³².

AMENAZAS Y REGRESION EN EL PENSAMIENTO OMNIPOTENTE

Otro rasgo esencial asociado con la pesadilla es la existencia de una amenaza. Un grave peligro es percibido durante el sueño, pero es un peligro contra el cual no se puede luchar porque las capacidades motoras del individuo están desconectadas durante este tiempo de reposo. El sujeto está físicamente indefenso y es obligado a afrontar una posición de ansiedad sobrecogedora de vida o muerte.

La posición de absoluta impotencia física es algo a lo cual el ser humano ya ha sido expuesto durante la infancia. Todo bebé humano se gradúa en esa especialidad que puede ser llamada *desamparo político*, y que consiste en el manejo sin sucumbir de una posición de poder cero en la cual el individuo compensa su absoluta dependencia física

³⁰ Henry KISSINGER, «Arms control, inspection and surprise attack», *Foreign Affairs*, XXXVIII, 3 (abril 1960), p. 557.

³¹ Herman KAHN, *On Thermonuclear War*, p. 28. Véase otra definición de disuasión en Gerald DWORKIN, «Nuclear Intentions», *Ethics*, 95 (abril 1985), p. 448.

³² Albert WOHLSTETTER, «Technology, Prediction and Disorders», en R. N. ROSENCRANCE, *The Dispersion of Nuclear Weapons* (New York: Columbia University Press, 1964), p. 274.

con la *omnipotencia de su pensamiento*. La destreza omnipotente es un miembro perenne del repertorio político del individuo.

Cualquier factor que lleve al ciudadano a una situación de desamparo es una regresión a estadios primitivos de la formación del adulto político, estadios en los cuales el pensamiento omnipotente lo era todo, la única alternativa. Pero como estos mecanismos nunca prescriben, el pensamiento omnipotente está siempre ahí, en el menú de alternativas de conducta, y a veces se convierte en un aspecto esencial del pensamiento del hombre. Siempre que el individuo se sienta absolutamente dependiente, su pensamiento omnipotente se activará³³.

El pensamiento omnipotente expresa la indefensión del ciudadano. Cuando alguien no puede neutralizar una amenaza mortal, recurre a su ocultamiento produciendo algún tipo de actividad mental omnipotente.

En un sentido, la amenaza nuclear ha seguido este patrón. En 1974, el secretario de Defensa James Schlesinger reconocía formalmente la adopción de la *guerra nuclear limitada* como parte de la doctrina estratégica de los Estados Unidos³⁴. Siendo ya por aquel entonces incontrolable la proliferación de armas nucleares, ésta venía a ser claramente una decisión vacía guiada por «la ilusión de limitar y controlar»³⁵. Con mucho más realismo, un teórico del *establishment* había reconocido mucho antes la contradicción intrínseca al control de armas nucleares: «la propia dificultad de “pensar a través” de un mundo nuclear sugiere que cuanto más se extiendan las armas nucleares, más problemas sobrevendrán, de tal forma que sólo un sistema internacional mucho más centralizado los podría manejar, si bien la proliferación socava la centralización»³⁶.

En el transcurso de su vida, el ciudadano tiene que encarar circunstancias en las que confronta fuerzas amenazantes que están más allá de su alcance. En estos casos, muy probablemente intentará neutralizarlas usando los medios a su disposición. Si lo hace bien y se las arregla para salir del paso, el alivio de la tensión acumulada le proporcionará una oleada de placer. El individuo se puede relajar ahora y gozará de un premio extra gracias a la suposición de que sus mecanismos de defensa funcionan bien. Pero si todos los intentos del individuo para cancelar la amenaza fallan, el sujeto se sentirá inerme. Cuando la amenaza es

³³ Las dificultades y la complejidad de la infancia temprana siempre están disponibles mentalmente en la adultez, y el pensamiento omnipotente se mantendrá siempre operativo. Véase W. R. BION, «Group Dynamics: A Review», en Melanie KLEIN, Paula HEIMANN y R. E. MONEY-KIRLE, eds., *New Directions in Psycho-Analysis* (New York: Basic Books, 1957), pp. 440-1. Véase, también, Melanie KLEIN, «A Contribution to the Psychogenesis of Maniac-Depressive States», en Melanie KLEIN, *Contributions to Psychoanalysis* (London: Hogart, 1950), pp. 282-310.

³⁴ Arthur M. KATZ, *Life After Nuclear War* (Cambridge, Massachusetts: Ballinger, 1982), p. 35.

³⁵ Robert Jay LIFTON, «Imagining the Real», en Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons*, p. 14.

³⁶ Stanley HOFFMAN, «Nuclear Proliferation and World Politics», en The American Assembly, Columbia University, *A World of Nuclear Politics* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1966), p. 119.

imparable e inmensa, el ciudadano puede que recurra al pensamiento omnipotente para soportar la situación sin que se produzca un trastorno serio de su actuación mental. Ante la presencia de una amenaza desbordante, *el pensamiento omnipotente representa una resistencia agonizante a la dilución mental.*

El pensamiento omnipotente es una pauta constantemente disponible al ser humano. Como el inconsciente no prescribe, la pauta siempre está ahí, esperando una oportunidad para mostrar su habilidad en cancelar todo tipo de ansiedades producidas por el desamparo. Las fantasías, los sueños, el pensamiento movido por el deseo, los explosivos fogonazos en la mente, no son sino mecanismos que pueden servir a la capacidad del adulto para luchar a brazo partido con el desamparo. Alejamiento, abstracción, desconexión de lo concreto, son rasgos comunes del tipo de atmósfera donde el pensamiento omnipotente tiene lugar. Mientras mayor es la indisponibilidad de soluciones posibles, más agudo es el impulso hacia el pensamiento omnipotente.

Un ejemplo perfecto de este tipo de pensamiento es la creación mental de la así llamada *máquina del Juicio Final*³⁷. Herman Kahn concibió la idea de una máquina que fuera programada para explotar automáticamente si cinco armas nucleares enemigas impactaban en suelo americano. Según este plan, la máquina contendría un artefacto nuclear explosivo de potencia gigantesca que destruiría la Tierra³⁸. La política es, lo sabemos, un campo muy apropiado para este tipo de pensamiento.

Pero ¿qué pasa cuando aparece una gran, gigantesca amenaza? ¿Qué ocurre cuando una amenaza sobrecogedora se levanta visiblemente sobre las cabezas de una comunidad y alerta a la ciudadanía de su existencia? En una situación de este tipo, y ese es el caso en la era nuclear, el pensamiento omnipotente tendrá seguramente la palabra.

El pensamiento articulado normalmente intenta agarrar el cómo y el porqué de la amenaza. Cualquier éxito en la manera de saltar sobre el vacío abierto entre la fuente de amenaza y la realidad de la *polis* equivale a disminuir su distanciamiento. Este avance mejora la disponibilidad de alternativas y alienta posteriores intentos de resolver el problema. Dicho de otro modo, permite familiarizarse con un problema —acercarse a él— y equivale a empezar a encontrarle una solución. Las comunidades humanas nos dan montones de buenos ejemplos de cómo esta estrategia contra el peligro se pone en práctica.

Pero hay ocasiones en las que cualquier intento de acercarse a un problema que produce amenaza fracasa, probablemente porque el pájaro de la destrucción se asusta y levanta el vuelo. En tales momentos, los

³⁷ El dispositivo fue sugerido en primer lugar por Leo Szilard, un físico húngaro y una de las grandes figuras en física nuclear. Como otros científicos húngaros, como John von Neumann, Eugene Wigner y Edward Teller, Szilard se encontraba entre los científicos extranjeros más activos políticamente. Figura clave en el desarrollo de la energía nuclear y amigo personal de Enrico Fermi, Szilard advirtió con agudeza el peligro potencial de la fisión como explosivo. Cfr. Emilio SEGRÈ, *Enrico Fermi Physicist* (Chicago: The University of Chicago Press, 1970), pp. 106-115.

³⁸ Norman MOSS, *Men Who Played God*, p. 249.

grupos humanos se dan cuenta de la lejanía de sí mismos respecto a la fuente real de la amenaza, y se vuelven progresivamente más desamparados. Mientras más en vano lo intentan, más ansiosos se ponen respecto a qué hacer, y más cerca están de recurrir al pensamiento omnipotente.

Grandes amenazas marcan por sí mismas períodos de desarrollo en la evolución de la gente. Una amenaza es, no es necesario decirlo, no un objeto externo, sino una realidad humanamente elaborada. Es artificial en el exacto sentido del término. Es una elaboración colectiva de una realidad que no sólo existe, sino que ha sido también percibida y bien señalada como amenaza.

INMADUREZ PSÍQUICA Y NUCLEARISMO

El tercer rasgo de la caracterización que Mack hace de una pesadilla es «inmadurez psíquica»³⁹. No está claro si la falta de madurez se refiere a una condición en la cual el sujeto no sabe cómo afrontar un problema serio o si la inmadurez expresa la condición del sujeto que le ha llevado a tal problema. ¿Es la pesadilla de la amenaza nuclear la consecuencia de la falta de capacidad de las naciones para tratar con este incremento en el poder de la humanidad que representa la fisión nuclear, o es que nuestra inmadurez se traduce en una incansable conducta que invierte obsesivamente demasiada sabiduría y recursos en el avance de las técnicas de guerra? ¿Somos acaso niños que no sabemos cómo administrar esta porción de energía sólo para adultos que el nuclearismo nos ha puesto entre manos, o somos criaturas pervertidas que, en lugar de trabajar en empeños más fructíferos, nos hemos dedicado a crear un monstruo?

Inmadurez es un concepto asociado a la idea de desarrollo que resulta casi paradigmático de la modernidad. Habla de un proceso inacabado de despliegue de poder que abarca habilidades mentales, crecimiento físico y experiencia interpersonal acumulada. Los poderes que la madurez proporciona a un individuo son todos dependientes del tiempo, del río del tiempo que los arrastra hasta nosotros. La madurez es la adulez orientada, lo que significa que el proceso de maduración continúa hasta la situación de máxima capacidad y ahí se para. Lo que sigue a la adulez empieza a ser decadencia en lugar de supermaduración. Uno madura solamente mientras se está convirtiendo en un ciudadano poderoso lleno de derechos y de fuerza. Esa es la auténtica diana de la flecha de la madurez en la *polis*. Por un lado, los modos de vida que llevan a los individuos fuera de su camino en esa dirección —también se le puede llamar foco— son atribuidos a ciudadanos inmaduros; por otro, la madurez no incluye de seguro a la ancianidad. La senectud es decadencia —literalmente *decadere* significa en latín ir hacia abajo—,

³⁹ John E. MACK, *Nightmares and Human Conflict*, p. 194.

que es lo opuesto a ascensión, un término que en el discurso político nos refiere al surgimiento de una estrella pública sobre el horizonte del espacio cívico.

Una vez vista la sustancia colectiva y las toscas connotaciones que se ocultan tras el concepto de madurez, estamos listos para entender por qué su contrario, la inmadurez psíquica, resulta tan insistentemente asociada por la ciencia termonuclear al desamparo. Lifton y Falk concluyen que «el hecho existencial central de la edad nuclear es la vulnerabilidad»⁴⁰. La aparición de la amenaza nuclear convierte al ser humano en vulnerable, una idea que aparentemente significa susceptible de ataque⁴¹, pero que genuinamente significa susceptible de daño físico o propenso a sucumbir ante la persuasión o la tentación. Por tanto, *inmadurez psíquica es un término estratégico* usado para expresar las fluctuaciones del plancton de poder en las aguas de la *polis*. Ahora bien, ¿qué es lo que hace inmaduro al hombre en la era nuclear?

La respuesta a esta pregunta central debe estar en la idea moderna clave de control. La fortaleza del hombre moderno viene enteramente de la certeza de su conocimiento, y a su vez es consecuencia de su perfecto control sobre el pensamiento y de la sumisión de todas las irregularidades del pensamiento al arresto de una especie de dictadura científica unipartidista. Este es el significado del autoritarismo anhelado por Sigmund Freud y que debía ser ejercido por el intelecto sobre la vida espiritual del hombre:

«Nuestra mejor esperanza para el futuro es que el intelecto —el espíritu científico, la razón— pueda con el tiempo establecer una dictadura en la vida mental del hombre»⁴².

El casamiento entre certidumbre y compulsión moderna es la base de la sabiduría política del hombre contemporáneo, la fuente de control fundamental:

«La naturaleza de la razón es una garantía que después no fallará en darle a los impulsos emocionales del hombre y a lo que es determinado por ellos la posición que merecen. Pero la compulsión común ejercitada por tal dominio de la razón probará ser el lazo de unión más fuerte entre los hombres y mostrará el camino hacia posteriores uniones»⁴³.

⁴⁰ Robert Jay LIFTON, «Imagining the Real», en Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons*, p. 23.

⁴¹ *The American Heritage Dictionary*, Second College Edition (Boston: Houghton Mifflin, 1985), p. 1356.

⁴² Sigmund FREUD, «New Introductory Lectures on Psychoanalysis 1933», *The Complete Introductory Lectures on Psychoanalysis*, traducción y edición: James Strachey (New York: W. W. Norton, 1966), p. 635.

⁴³ *Ibidem*.

La falta de control sobre la amenaza nuclear viene de las propias suposiciones de la ciencia moderna y de la ética emancipatoria del humanismo, ambas llenas de compulsión. Siempre que la modernidad se vuelve hacia ellas, la respuesta es claustrofóbica y conducente a una situación más angosta. Eficacia, competición, organización, revolución y, resumiéndolo todo, *persuasión exitosa* dejan una única puerta abierta: *el progreso urgente*. Los modernos orientales y occidentales han probado estar de acuerdo con el diagnóstico de Oskar Mongernstern:

«Para crear un punto muerto nuclear en condiciones de abundancia nuclear es necesario para ambas partes poseer fuerzas de represalia invulnerables»⁴⁴.

Si la excelencia de la ciencia moderna conduce a la disuasión, la emancipación humanista lleva a la modernidad a entender la política como competición y lucha. Izquierda y derecha coinciden en tomar la política como *guerra civil*. Wilhelm von Clausewitz estableció perspicazmente la conexión esencial entre guerra y política y ese eslabón está ganando reconocimiento generalizado a ambos lados del espectro. La izquierda ha producido manuales de guerrilla, de guerra urbana y partidos que son literalmente ejércitos de liberación, juntamente con esa cumbre de la compulsión moderna que es el *¿Qué hacer?* de Lenin. La derecha siempre ha mantenido vivo el culto al guerrero y ha infundido la esencia militar, representada en los valores de puntualidad, disciplina, espíritu de cuerpo —o devoción institucional—, antigüedad y lealtad nacional, en la empresa civil. La transfusión ha sido tan íntima que, en caso de necesidad, un capitán empresarial puede ser convertido de la noche a la mañana en líder militar. Incluso la absorción de la *raison d'être* de lo militar, la identificación de la suerte de los cuerpos burocráticos con la de la nación entera, técnicamente presentada como lealtad nacional, también va a ser asumida por los capitanes corporativos. El epítome de esto es la famosa afirmación de Charles E. Wilson «lo que es bueno para General Motors es bueno para el país»⁴⁵. De hecho, Wilson, que hablaba como presidente de General Motors, llegaría más tarde a ser secretario de Defensa con Dwight Eisenhower⁴⁶. La identificación entre milicia y economía pasa tan desapercibida que se muestra sin el menor signo de vergüenza:

«Esencialmente contemplamos todos los problemas militares desde uno de sus aspectos, los problemas económicos en la eficiente asignación y uso de recursos»⁴⁷.

⁴⁴ Oskar MORGERNSTERN, *The Question of National Defense* (New York: Random House, 1959), p. 74.

⁴⁵ Norman Moss, *Men Who Played God*, p. 266.

⁴⁶ Robert MacNamara fue Secretario de Defensa con los Presidentes John F. Kennedy y Lyndon Johnson, y fue también Presidente de Ford Motor Company. En España, el socialista Felipe González adaptó a un exitoso administrador y economista experimentado para el puesto de Ministro de Defensa.

⁴⁷ Charles HITCH y Roland N. MCKEAN, *The Economics of Defense in the Nuclear Age* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1960), p. V.

La fascinación de la modernidad con los valores militares está en sus propios orígenes. Desafortunadamente, ha sido casi siempre confundida con una domesticación o civilización progresiva de lo militar, cuando en ocasiones parece haber sido más bien una reestructuración por dentro de la sociedad europea sobre la base de su seducción por el *glamour* y la expeditividad de la actuación militar. La figuras emparentadas del activista y del guerrero se encuentran ambas en Ignacio de Loyola, un capitán del ejército español y a la vez fundador de la Compañía de Jesús en pleno Renacimiento. La pasión de René Descartes por la enumeración⁴⁸ es una peculiaridad compartida por el militar, el burócrata y el hombre de negocios. Ninguna otra palabra sino victoria podría ser el emblema de la Modernidad.

EXORCIZANDO LA AMENAZA

Llamar pesadilla a una realidad social parece dar crédito a una actitud de temor y prevención, parece sugerir una disposición de respeto y prudencia. Oímos a los teóricos nucleares mencionar la palabra pesadilla muy gravemente, como intentando transferir el mensaje de su iluminada inquietud. Existe, sin embargo, otra cara de la moneda.

Después de meditar sobre esta recurrente caracterización que la literatura de hoy hace del nuclearismo, he de confesar que nunca me ha satisfecho su poder de conceptualizar una realidad tan seria como es la amenaza nuclear. Con el tiempo, he llegado a la conclusión de que mis principales reservas sobre su uso se deben al estupor que dicho término provoca.

Un rasgo esencial de una pesadilla es el mero hecho de que *es sólo una pesadilla*, lo que dicho de otro modo significa que es sólo un mal sueño y no una amenaza real. Cuando despertamos de una pesadilla, no importa cuán intensa la angustia pueda haber sido durante ella, y cuán dolorosa pueda haber llegado a ser nuestra experiencia, basta con decirnos a nosotros mismos que ha sido sólo una pesadilla, para que nos demos cuenta de que ya ha pasado y experimentemos un sentimiento de profundo alivio. Si durante la pesadilla hemos sentido como si una pesada carga descansara sobre nuestro pecho⁴⁹, de forma que nos impedía respirar, al despertar vamos a inhalar profunda y aliviadamente. Cuando se sale de una pesadilla, el miedo a veces dura un tiempo, pero se sabe que en cuestión de minutos tendrá que remitir. Enseguida se puede ir a la cocina y beber un vaso de agua; o se puede pedir auxilio y obtener la ayuda precisa para sobreponerse a sentimientos de aislamiento e indefensión. Hemos escapado de un reino donde no se estaba en casa, en la propia tierra.

⁴⁸ René DESCARTES, «Rules for the Direction of Mind», *The Philosophical Writings of Descartes*, traducción: John Cottingham, Robert Stoothoff y Dugald Murdoch (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), vol. I, p. 25 (Regla dieciséis).

⁴⁹ Ernest JONES, *On the Nightmare* (New York: Liveright, 1951), p. 20.

La idea de pesadilla como una excursión a un terreno prohibido y su consiguiente regreso a «casa», significa que, durante la pesadilla, uno soporta una experiencia emocional que tiene lugar en las aguas subterráneas de una realidad vigilante. Este es un terreno que no está *bajo control racional emergido* y que tiene una existencia muy efímera, dado que *toda pesadilla es un suceso temporal que lleva al despertar*. Esta es la razón por la que Mack enfatiza el hecho de que las pesadillas ocurran en la transición del sueño a la vigilia.

Caracterizar a la amenaza nuclear como una pesadilla es, en un sentido, intentar mantenerla bajo control, reducirla a la categoría de experiencia temporal limitada que nos hace sufrir intensamente, pero que lleva también subrepticamente, incorporado en sí misma, *el alivio de despertar*. Es cierto que nos trae a la mente la alarma de un sentimiento desagradable y aterrador, pero para inmediatamente conjurarlo. Probablemente aquellos que introducen esta caracterización esperan de buena fe que produzca una comprensión más inteligente del problema; sin embargo, la realidad es que están a su manera ejercitando la convicción de que un miedo y una ansiedad tan fuertes, es decir, el terror, *nos deberían enseñar una lección automática*. Están a favor de la pedagogía del miedo. Lo más probable es que quieran que reconozcamos a la amenaza nuclear como causa de nuestra congoja. Estos expertos son devotos ejemplares de una pedagogía social que aspira a moldear la conducta humana en familiaridad con el terror. Esta es la razón por la cual, y a pesar de lo que pueda parecer, una caracterización tal de la amenaza nuclear como pesadilla viene a ser en el fondo un ejercicio de *disuasión interna*.

La aceptación de la amenaza nuclear como una pesadilla es un intento último, por parte de la ciencia moderna, encaminado a evitar irrumpir irresistiblemente en las cámaras anecoicas de la mente desenvuelta de la postmodernidad. Es un recurso desesperado. Al encontrar que no hay salida, algunos teóricos modernos reemplazan lo que debería ser el pensamiento genuino sobre el problema con esta poco original y embotada presentación del mismo. Porque, aunque no lo parezca, mientras el problema sea aceptado como una pesadilla, mantendremos arriesgadamente una confortable certeza de nuestro control sobre ella.

Cuando se advierte la diferencia en el tratamiento y la información dados a otros peligros sociales, digamos el SIDA, en comparación con los que se aplican a la cuestión nuclear, uno no puede sino quedarse atónito. Cada día seguimos recibiendo datos, ideas, sugerencias, propuestas sobre la epidemia del SIDA, y no hay duda de que esta ola de miedo ha promovido cambios reales en la conducta de la población. A diferencia de esto, la amenaza nuclear raramente aparece en los medios de comunicación y *no se ve ningún cambio apreciable en la vida diaria del ciudadano* a resultas de lo que hayamos aprendido de ello. Parece como si estuviéramos resignados a lo que pueda venir, seguramente porque creemos que no hay nada que podamos hacer. El control moderno no responde en este caso, porque el control moderno opera desde los cuarteles generales del pesamiento pilotado individual y, con

respecto a este asunto, el individuo se siente desolado y sin poder. Parece ser cierto que «una extraordinaria pasividad envuelve la solución nuclear a la paz. Como sociedad y como especie nos encontramos a nosotros mismos “esperando el apocalipsis”. Líderes y ciudadanos se han sentido desvalidos para desafiar al nuclearismo de cualquier manera seria»⁵⁰.

Llamar pesadilla a la amenaza nuclear es meter el problema en la lustrosa caja de los sueños. Y una pesadilla no es simplemente un sueño. Es mucho más que eso. Es un acontecimiento especial en el tiempo de sueño *que conduce al despertar*. Como las estrategias de la actividad mental⁵¹, las pesadillas, son excursiones que transfieren un insoportable alboroto a la oscuridad de los espacios inmersos del *self* con la intención de abatir la causa del problema. Pero, desgraciadamente, en el caso del nuclearismo la alteración es real y su existencia e influencia está confirmada cada día por nuestro ambiente inmediato:

«La amenaza que [las armas nucleares] plantean se ha convertido en el contexto de nuestras vidas, en una sombra que persistentemente planea sobre nuestra ecología mental»⁵².

Se puede argumentar que el llamar al nuclearismo pesadilla es una manera de advertir a los humanos del peligro latente que amenaza con destruirnos como especie. Desafortunadamente, esa interpretación es incompleta y demasiado optimista. Más aún, se puede ver que en algunos retratos del *día después*, como los que hemos tenido en ciertas películas, hay una clara exposición de las consecuencias de una supuesta guerra nuclear como si fuera una pesadilla. Pero, a eso, uno puede responder inmediatamente que toda esta imaginaria extinción, tal y como se recoge en esas representaciones ensoñadas —un aire de sueño que es de alguna forma buscado por el cineasta y que es precisamente la razón por la que la atmósfera en algunas de estas películas está recreada en la oscuridad— y el ambiente de pesadilla, transmiten involuntariamente el mensaje de que va a haber siempre un despertar final.

Estas películas de pesadilla sobre las consecuencias de la guerra nuclear —y esto mismo se puede decir de aquellas películas que retratan un incierto futuro más allá del año 2000 donde reina la tecnología—⁵³ son normalmente ofrecidas al espectador como amenazas que ocurren en *la oscuridad de la noche*, mientras que el final feliz suele venir con escenas a la luz del día. Las escenas luminosas se oponen a las tenebrosas, que tienen lugar en mitad de *una noche que nunca termi-*

⁵⁰ Sobre este concepto puede verse Javier ROIZ, «La Pesantez de la Teoría Política Moderna», *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Epoca), núm. 63, enero-marzo 1989, pp. 109-112.

⁵¹ Richard FALK, «Political Anatomy of Nuclearism», en Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons*, p. 226.

⁵² Robert Jay LIFTON, «Imagining the Real», en Robert Jay LIFTON y Richard FALK, *Indefensible Weapons*, p. 3.

⁵³ La película *Blade Runner*, de Ridley Scott, es un artístico ejemplo de esto.

na. Es un tipo único de noche de una pieza que, en contraste con las noches de verdad, uno sabe que no alterna con el día debidamente. Esto es así porque, en lugar de noche, semejante oscuridad es *sólo un continente de sueños y pesadillas*.

Hay sin duda casos en los que la experiencia visual parece terminar sin una solución benigna y sin el correspondiente despertar, pero tales ejemplos no significan en absoluto que aquí tengamos un nuevo tipo de pesadilla sin despertar. De hecho, el fin de la película, el momento en el que se encienden las luces y la gente abandona los cines es en sí mismo un despertar. Sólo se necesita observar las caras del público cuando sale de la sala de proyecciones al final del espectáculo. Insertar el despertar en la trama de la película o dejarlo para después de ésta producen el mismo efecto. En ambos casos el espectáculo no es una pesadilla que digiere ansiedades, sino que se trata más bien de un exorcismo.

En este sentido, creer y decir que el nuclearismo es una pesadilla es igual a creer firmemente que podemos controlar y *metabolizar* psíquicamente una situación que en realidad está fuera de nuestro control. Nos hace pensar que estamos siendo sensatos y que estamos dando al problema la seria atención que demanda, aun cuando, contrariamente a lo que parece, lo que estamos haciendo no es otra cosa que producir una actividad mental desalentadora en tiempos de desesperación encubierta. La presentación de la llamada pesadilla nuclear viene a ser más parecida a una procesión religiosa que a cualquier forma de progreso mental. Sería una experiencia fronteriza de la mente humana para conjurar aquello a lo que se le atribuye la cualidad de problema imposible. Como en toda práctica de exorcismo, la causa que lo dispara continúa estragando y engrandando las ansiedades. No hace falta decir por qué la esterilidad del exorcismo lleva a su recurrencia irritante y obsesiva.

En el caso de la llamada amenaza nuclear, es bastante claro que lo que está en juego es exactamente lo que en el lenguaje propio de la modernidad —tan inclinada al uso de la metáfora de la solución final— podría ser llamado la última oportunidad o, en palabras de los obispos americanos, la primera vez que confrontamos el final de todas las cosas, dado el hecho de que somos «la primera generación desde el Génesis con la capacidad de destruir la Creación de Dios»⁵⁴.

⁵⁴ Citado en Joseph S. NYE, Jr., *Nuclear Ethics*, p. 1.

